

“Ellos son ahora mi alegría”

MARIA JESUS RIVA

Cuando me propusieron escribir unas letras para una revista que no he leído nunca, destinada a unos lectores cuyas características desconozco, y que alcanza ámbitos de los que nada sé, apareció ante mí un pretendido interlocutor con rostro borroso que supongo interesado primero y sobre todo por el mundo de la fe, segundo por el mundo de los más pequeños y marginales, y, por último, empeñado en no conformarse con las cosas tal y como se nos han presentado, porque así son, sino utópica y descabelladamente ilusionado por aportar un humilde ladrillo a una nueva casa donde los valores que predominen sean otros que los que ofertan multinacionales, partidos políticos, modas y otros inventos institucionalizados y consagrados por no sé qué autoridad, mejor dicho, prefiero no nombrarlos.

Sólo así, conectado con estos rasgos, el rostro enfrentado a mí puede entender algo de lo que pueda decirle. Sólo así, los rasgos de ti, compañero de comunicación, con la distancia que media entre mi cuarto hoy, y tu sillón o mesa de trabajo dentro de no sé cuántos días, tu semblante es cercano, presente y tangible. Porque sólo si tu interior comparte alguna de las notas apuntadas, entonces puedo empezar a tutearte, dejar que mi corazón se abra incondicionalmente, y lanzar al aire mi insignificante voz para quien pueda y quiera escucharla.

Me preguntan por qué he venido yo a trabajar a este centro singular del Hogar Don Orión. Y cuando escudriño mi memoria me doy cuenta de que como todo lo humano ha estado sujeto a la historia y a la evolución.

Si pudiera remontarme con nitidez a mi niñez, podría encontrar los primeros pasos en una clara y profunda emoción experimentada por el roce con casos aislados semejantes a *los que ahora son mi alegría*. Era en mi pueblo natal, el pueblo que me dio los cimientos que más quiero de mi vida: una presencia sencilla y natural de un Amigo siempre presente y cercano, como un miembro más de la familia, la consanguínea y la popular. Sí, era Dios, y casi me dan ganas de ponerlo con minúscula porque no se manifestaba como algo mayestático ni lejano, sino inserto en lo más cotidiano de los afanes de cada día.

Pues en ese mi pueblo innombrado había, como en todos, vecinos con rostro distinto, con cuerpos deformados, piernas y mentes detenidas en su crecimiento. Tengo que decirte que no era lo único que removía mi corazón. Cuando harta del vacío de actividades de pandilla juvenil me lanzaba sola en paseo errabundo por las calles, eran muchos otros rostros los que me gritaban mensajes que ellos mismos ignoraban: ancianos solos que asomaban su cara cansada a través de las ventanas buscando vivir un tiempo que parecía ya les sobraba; niños sucios jugando entre el barro; casas que ni siquiera con su lavado de cara por la cal podían ocultar la miseria; hombres y mujeres, jóvenes, que, con ojos tristes y cercados por profundas ojeras, proclamaban a voces insonoras las angustias y sufrimientos ocultos a todos. Te lo aseguro, nuevo amigo, cada uno de ellos con un nombre, reales, nunca olvidados, por lo que aprendí de todos.

Muy pronto encontré la inseparable comunión entre mi fe y estos paisanos «especiales». En mi adolescente ilusión comencé a buscar: observaba, preguntaba, interpelaba a tiempo y a destiempo el porqué, por qué ellos y yo no, por qué las cosas son así y no de otra manera. ¿Era determinismo o resultado de un pérfido plan ensañado en unos pocos de forma especial?...

Quien sabe por qué me introduje en grupos parroquiales en los que encontré inolvidables compañeros de camino cuya intervención fue decisiva en mi proceso de descubrimiento: otros jóvenes, matrimonios, sacerdotes. Y permanecí sencillamente al lado de unos y otros con los pocos recursos con que contaba, con mis manos y mi tiempo, con mi cariño espontáneo. Limpié casas, di clases a minusválidos que luego se examinaban oficialmente, tramité jubilaciones, busqué centros especiales, tramité instancias y solicitudes mil, y un largo etcétera.

Ahora que miro atrás, y que me han «forzado» a recuperar mi historia, me doy cuenta de que siempre ha habido en mí una inclinación que me era connatural, nada meritosa, y que permanecía por la inmensa felicidad que me aportaba. Con esta gente la vida era más sencilla, el cariño gratuito, la lucha por aparentar perdía todo sentido, las caretas que normalmente usamos para ocultar nuestra miseria caían por el mismo peso de la urgente necesidad. Y me enseñaron mucho.

A ellos no les interrogaba en mi búsqueda intelectual e interior, pero aprendía a acallar preguntas que en esa época que muchos pasamos en la que todo se torna necesidad de entender y de racionalizar, y tantos se quedan en tópicos o en soluciones superficiales. Fui comprendiendo a través del contacto con el sufrimiento que a mí se me había evitado pasar. Y la mayor respuesta la encontré en la historia de un hombre que abajado de su situación de privilegio divino, que vino a caminar entre los hombres, haciéndose solidario con las miserias de todos: ese tal Jesús de Nazaret, que en su sabiduría absoluta no supo encontrar otra salida a la tragedia del hombre que la de cargar con los sufrimientos de todos. Como dice Pablo en una de sus cartas: escándalo para los judíos que esperaban una salida más digna; necedad para los griegos, que en su filosofar de máximo rigor no podían entenderlo; pero para los creyentes, sabiduría de Dios.

Soy consciente, paciente interlocutor que todavía te detienes ante estas letras, que mi cronología está yendo y viniendo, por-

que me resulta imposible desligar lo antiguo de lo próximo gestado en mi interior. Por respeto a tu posibilidad de comprensión, me propongo un poco más de orden temporal.

Eran los años de finales del franquismo. Comencé a estudiar en la Universidad: Filosofía y Ciencias de la Educación (Psicología). El ambiente universitario, muy encendido. El aire que se respiraba era que había que empujar la historia haciendo que desde los intelectuales se diera impulso al cambio. Huelgas, manifestaciones, carreras delante de los «grises». Los Beatles, Bob Dylan, Joan Baez, Feuerbach, Nietzsche, Sartre... Nuevas modas contestatarias. Partidos políticos. Negación de Dios y de los valores tradicionales.

He de confesar que para mí fue todo un tremendo choque. Mis primeros años de vida transcurrieron simultáneamente entre una familia tradicional en sus concepciones sociales, que mejoró con el auge económico de los sesenta, en cuyo seno la crítica no era un rasgo dominante, y un ambiente popular que manifestaba recelos ante grupos juveniles que venían formando Asociaciones de Vecinos, muchas veces tachados de «rojos». Y en medio de todo, la presencia de Dios como algo evidente y poco cuestionado.

El enfrentamiento entre estos dos mundos (el que yo arrastraba por una perfecta socialización, y el universitario-político-social que se me iba desvelando) fue muy duro para mí, pero siempre he reconocido que fue muy fructífero. Le pregunté a la Filosofía sobre sus respuestas a la profunda tragedia del hombre. Y he de reconocer que me deslumbraron muchas de sus propuestas, probablemente a fuer de no comprenderlas del todo en aquellos años. Pero me decepcionó, porque no me sacaba del plano racionalista en el que yo ya había estado sumida, con la experiencia de que ahí no estaba la clave de la cuestión. Le cuestioné a la Psicología sobre el hombre, sobre qué es lo esencial de él. Y me encontré con muchas escuelas, teorías, autores preocupados por explicar lo normal y anormal, algunos con profunda humanidad, otros con un pragmatismo que se me antojaba superficial.

La verdad fue que me vi abocada a volver a la vida, para vi-
viendo entender.

Dos realidades marcaron esta época. La primera fue un «tirar la toalla» en mi lucha contra mi racionalidad. Me venció la fe. Me ganó la batalla el Señor Jesús, que se había mantenido siempre al lado, respetuoso conmigo en este ir y venir. Y me rendí, le dije que sí, que aceptaba seguir sus huellas, las de cargar con la cruz de los demás para ser feliz y contribuir en algo a la construcción del Reino de Dios. Me lancé a la aventura. Me emocionó aquello del tesoro escondido por el que se vende todo. Y me propuse empeñarme en el proyecto de fraternidad universal.

La segunda fue la experiencia de ir contactando con otras personas que coincidían conmigo en lo fundamental de mi proceso. Con ellas comencé a hacer camino, a forjar proyectos, a dar pasos concretos de comunión y realización de nuestros sueños.

Era muy sencillo: como los primeros cristianos, poner cada uno según su capacidad, y dar a cada uno según su necesidad. Y en este dar y tomar cabían todos los que se cruzaban en nuestro camino. De nuestro sueldo, repartir con los que no tenían. De nuestro tiempo, acompañar a unos y otros según su necesidad. De nuestra vida, lo máspreciado, la comunicación de nuestra fe.

Con el paso del tiempo se abrieron horizontes nuevos: América Latina. Allí la pobreza es más radical. Quizás deslumbrados por ir siempre más allá nos lanzamos. No me voy a detener en lo que allí hicimos. Sólo decir unas notas de lo que aprendí allí: que para vivir son necesarias pocas cosas, que hay valores de los pueblos «atrasados» que nos superan con creces en calidad a los occidentales; que repetir aquellas palabras del Monte de «Bienaventurados los pobres», delante de rostros ajados por la intemperie, ropas harapientas, niños raquíticos, dentaduras roídas por la hoja de coca, etc., te devuelve el anuncio en forma de denuncia individual y estructural.

Fue mucho más lo que recibimos que lo que dimos, lo que aprendimos que lo que enseñamos, lo que nos dijeron con su silencio carente de argumentos que lo que proclamamos nosotros con toda nuestra preparación cultural, lo que encontramos que lo que llevábamos. Y es que allí descubrí que hay lugares, a veces no estrictamente físicos, desde los que se puede descubrir lo que es el hombre y quién es Dios, y hay otras perspectivas desde las que es imposible encontrarlo. Tener de todo y poner en su logro toda la ilusión, sentirse superiores y seguros en una cultura avanzada y no necesitada de salvación porque se siente autosuficiente, creerse mejores y superiores e ir dando como quien se hace bueno a costa de la inferioridad de otros..., son puntos de partida desde los que se vive ciego, y es imposible ver.

Por razones casi todavía no comprendidas nos vimos de nuevo en España. Supongo que es demasiado don vivir en el otro lado de la barrera que separa Norte-Sur, ricos-pobres, Occidente-Oriente. Hay que merecerlo, y quizás cometimos errores fruto de nuestro pecado y limitación que requerían más purificación para que fuera posible tal privilegio.

De nuevo en España experimenté un choque más fuerte que el de la ida hacia allá. Todo me sorprendía: el derroche de materiales (papel, bolsas, luz, gasolina), la lucha encarnizada en la que había que meterse para sobrevivir, la falta de sencillez en las relaciones humanas, la fe como algo añadido a las verdaderas ocupaciones y preocupaciones de la vida.

Abriéndome camino encontré un puesto de trabajo en un Colegio de BUP y COU. Era un centro al que asistían alumnos de clase media alta, donde impartía clases de Filosofía. Fueron años en los que aprendí mucho profesionalmente y en el contacto con la gente joven que te mantiene siempre alerta y necesitado de renovación constante. Pero mil veces se manifestaba en mi interior la contradicción entre mi ser y mi hacer laboral. Porque después de mi jornada continuaba con la misma tarea que había caracterizado mi vida. Y era difícil compatibilizar un

status y ambiente elevado, con una tarea de solidaridad y comunión con drogadictos, parados y otros marginados.

Fui gestando la idea de la necesidad de desinstalarme de una situación a la que inevitablemente me iba acostumbrando. Ser fijo en una sociedad precaria de puestos de trabajo, ser reconocido por los demás por el nivel que has alcanzado, tener un sueldo y horario digno que incluso permitía compatibilizarlo con otras actividades, eran algunos de los aspectos tentadores. Pero no estaba en paz.

Un afortunado día de junio me topé con un cartel anunciador de las colonias de verano de los niños del Hogar Don Orione. Era una invitación a compartir veinte días de vacaciones con ellos. Y me sugestionó la idea. Llamé, fui a verlos, y me vi en Cercedilla.

La experiencia fue fuerte: rostros deformes, cuerpos mutilados, inteligencias muy precarias, olores muy desagradables. No puedo decir que fue fácil acostumbrarme. Diré que lo que más me aportó fue un estímulo muy grande a profundizar. ¿Se puede vivir indiferente a esta realidad tan cruda? ¿Te puedes tranquilizar porque no te ha tocado a ti ni a tus seres más queridos? ¿Te puedes quedar reducido a la compasión y no ir más allá buscando el sentido de lo que aparenta sin-sentido?

Se fue formando en mí la idea de abandonar el colegio y venirme a compartir con ellos. La decisión no fue fruto de un arrebato. Yo sabía que era muy importante, que renunciaba a sueldo, categoría profesional, status, horario cómodo, reconocimiento social. Y me lancé a la aventura. En nombre del Señor Jesús, crucificado, abajado a nuestra miseria, solidarizado con nuestro pecado. Entendía que era una forma de concretar mi seguimiento. Y aunque no fue fácil al principio, tengo que decir que con el paso del tiempo experimento una felicidad que nunca había sentido en mis trabajos. Explicarlo me resulta difícil, pero es extraordinario el saberlo al lado de los pequeños haciéndote pequeña. Eso no quiere decir que todo sea sencillo. A veces me inunda la rabia porque esos chicos a los que ya quiero sean

despreciados, puestos en interrogante, o, a lo más, utilizados como instrumentos de bondad y justificación de muchos: visitas fugaces, donativos que acallan conciencias, regalos y ropa que sobran y ocupan sitio en armarios repletos. No lo juzgo, yo también lo he hecho, pero ahora me duele mucho.

A veces me invade la impotencia cuando contemplo hacia dónde se dirigen presupuestos estatales: desarrollo tecnológico sofisticado, perfeccionamiento de maquinarias de guerra, conmemoraciones anacrónicas y llenas de boato, y un largo etcétera. Y a la par constato la precariedad de recursos destinados a la investigación de las causas y medios de tratamientos de este tipo de sufrimientos.

Y es que este mundo de los deficientes no genera beneficios, no tiene imagen agradable, ni siquiera cuantitativamente podría producir muchos votos electorales.

La experiencia para mí está siendo mucho más fructífera de lo que haya podido aportar a los chicos. Porque en ellos la miseria del hombre está reconcentrada, al desnudo, sin apariencias, y la relación con ellos desvela la única y central necesidad de todo hombre; la del ser queridos, aceptados, respetados y valorados. Por ser hombres aún sin apariencia de tales, por ser hijos de Dios, sus preferidos.

Nunca olvidaré el primer Viernes Santo que estuve con ellos. No necesitaba hacer ejercicios de meditación; ahí estaba el Cristo crucificado histórico. Se cumplía perfectamente el canto del Siervo de Yavhé: «Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultan los rostros, despreciado y desestimado» (Is 53, 3).

Así me lo muestra mi fe. Dios no «manda» estas cosas, porque Dios es Padre y sobre todo ama a sus hijos. Dios sólo se hizo solidario a través de su Hijo Jesús con todos los crucificados de la historia y de la tierra. Porque estos chicos son el resultado del pecado de la humanidad, centrada en sí misma y sus

logros, que ha olvidado aquello de «¿dónde está tu hermano?». En estos niños el olor del pecado se muestra nauseabundo, el aspecto despreciable.

Y quisiera terminar, querido y paciente amigo que me has seguido hasta aquí, expresando el interrogante bíblico que ha movido siempre mi vida: «¿Acaso soy yo responsable de mi hermano?». Y lo tremendo es que no puedo eludir la respuesta positiva. No hay ni cómo ni por qué, pero sé que no puedo pasar indiferente a estos pequeñuelos. Por eso estoy aquí entre ellos, a veces acertando, a veces equivocándome, pero me mantengo porque me proporciona la felicidad, la paz y la coherencia de mi ser.

Gracias por escucharme.